El Caballo Verde - La Razón, 9 de julio de 2004

HIROSHI SUGIMOTO

Ojos sin luz

Retrato de Shakespeare basado en un modelo de cera

Galería Javier López
Manuel Gonzalez Longoria, 7
Hasta el 31 de julio

De entre las más conocidas series fotográficas del japonés Hiroshi Sugimoto (Tokio, 1948), célebre por sus enigmáticas y fascinantes marinas, vacías pantallas de proyección y fragmentos metropolitanos, que hace algunos años le pusieron en la primera línea de la escena internacional, quizás sea las que ha dedicado a las figuras de los museos de cera (tanto en ocasiones anteriores, bajo el título «Dioramas», como la de «Retratos» que ahora nos ocupa), donde el nivel de complejidad conceptual alcanzan una tensión más alta y un equilibrio más desconcertante en su obra.

Así podrá comprobarlo todo aquel que se acerque a esta magnífica exposición compuesta tan sólo por cuatro piezas, fechadas todas en 1999, y que mantienen su homogeneidad en el origen serial, técnica empleada (fotografía en emulsión de gelatina de plata), formato (182 x 152 cm. con marco) y presentación. Encaradas dos a dos en el carismático entorno de la sala principal de esta galería madrileña, el reducido número de lo reunido acentúa la individualidad de los protagonistas que el artista seleccionó entre los notables que le ofrecía el museo de cera londinense de Madame Tussaud: retratos a tamaño algo mayor que el natural de Ricardo III, Carlos I, el Arzobispo Makarios y William Shakespeare.

Contra un impenetrable fondo negro que aísla a cada personaje y crea escuetos escenarios saturados por el carácter de cada personaje, sus encamaduras se ven realzadas por una luz dramática y encuadres que, todavía a cierta distancia, consiguen el trampantojo de una vida y su singularidad única e irrepetible. Pero es en el acercamiento íntimo donde, a pesar de que la preciosista técnica fotográfica del nipón paradójicamente intenta simular la realidad, «la piel» de esa misma imagen delata toda la fantasmagoría de una carne cerosa y ya desvitalizada, de su incapacidad para la articulación, el movimiento y el gesto.

Antes que por la posibilidad de percibir el sensacional –¡y nunca mejor dicho!– anacronismo a partir de tan tenebrosa visión exacta (tanto o más que sus supuestos rostros reconstruidos o sus fijas arrugas, talladas en la epidermis, son las ropas y aderezos que portan los responsables de poner en evidencia la incongruencia de ser vistos con tal cercanía temporal), es en los detalles donde la vida no se entrega con facilidad... En el juego de construcción plausible de su entidad como cuerpo cierto, como algo que a simple vista está plenamente constituido, Sugimoto enreda nuestras percepciones sobre la realidad, la identidad y la psicología con una limpieza de cirujano, y sólo a partir de un poro, de un ojo que no brilla con naturalidad, salimos del ensueño de su anestesia vital. **Oscar ALONSO MOLINA**